El día de nuestra partida

Pierre Dávila Díaz

El día de nuestra partida

Pierre Dávila Díaz

Avant
editorial

Primera edición, agosto de 2023
©Pierre Dávila Díaz, 2023

Cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública o transformación de esta obra solo puede ser realizada con la autorización de sus titulares, salvo excepción prevista por la ley. Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra (www.conlicencia.com)

Diseño y Edición:
Avant editorial
Avenida de Londres, 6, Portal 1, Atico A,
28500 Arganda (Madrid)
www.avanteditorial.com
info@avanteditorial.com

ISBN: 978-84-19970-01-5
IBIC: FA
DEPÓSITO LEGAL: M-27265-2023

A una mujer de gran inteligencia y altas cualidades.

«Viviendo todo falta, muriendo todo sobra»

Lope de Vega

CAPÍTULO 1

Sin duda, la historia que voy a narrar no se la desearía ni a mi peor enemigo.

Y es que había pasado por una selva de emboscadas y torturas.

Una de ellas fue el cáncer terminal de la abuela Dora. En un inicio se me ocultó su enfermedad o quizás pensaban que no me interesaba, porque era alguien muy desapegado, poco expresivo y un sinfín de etcéteras.

Pero, a fin de cuentas, notaba que algo no andaba bien con ella: sentía fuertes dolores o lloraba por su repentina delgadez. Algunas cosas que hasta el mismo idioma español no me perdonaría si describiera sus infinitas manifestaciones sintomatológicas.

Aún recuerdo la Navidad de 2017, estábamos reunidos como casi siempre. Era una Navidad, donde por primera vez escuché que el sonido de los cubiertos cortando la carne y el de las tazas silenciaba al de los villancicos.

Luego, la abuela, cuando estaba a punto de sentarse, se desmayó.

—¡Tía Dora!, ¡¡¡no te mueras!!! —gritó la prima Luz María.

—¡Mujer! ¡¿Qué tienes?! —preguntó el abuelo Máximo.

—Adiós Navidad… —dije para mis adentros.

En menos de una fracción de segundo, ayudé a la abuela a incorporarse con la ayuda de mi prima. Le acercamos un algodón con alcohol para que esta oliera. Ella despertó poco a poco. Casi una hora después, llegaba el médico. Le hizo el respectivo chequeo y le dijo a la prima Luz María en un rincón de la casa:

—Luz María, hay que estar preparados. Lo siento.

Luz María asintió con la cabeza al doctor, miró al piso y aguantó todo lo que pudo antes de soltar el primer moqueo. Luego caminó, a paso raudo, al cuarto de baño a llorar. Fueron unos pocos minutos el tiempo que estuvo escondida recomponiéndose.

Se secó los ojos con sus antebrazos canela y luego fingió una sonrisa diplomática hacia la mujer que la educó desde niña, cuando su padre fue encarcelado por matar a su madre (la hermana de la abuela Dora) por celos.

—¿Qué pasa hija? —preguntó la abuela Dora.

—Nada, tía —respondió Luz María.

Luego la prima propuso tomarse fotos con la abuela junto al arbolito de Navidad y al nacimiento (yo me abstuve a tal espectáculo de relaciones públicas).

Cuando Luz María abrazó los débiles y huesudos brazos de su tía, antes de tomar la instantánea, no se aguantó y se fue a llorar otra vez al baño.

La abuela Dora se dio cuenta y empezó a llorar también. Yo solo le manifesté ayuda instantánea:

—Tranquila, abuela, cálmese, le va hacer daño —le dije.

—¿Cuándo me voy a curar? ¡Mírame! Estoy toda flacuchenta y sigo bajando de peso… —respondió la abuela Dora.

Opté por afirmar con la cabeza y, al mismo tiempo, me mordí la lengua para que esta no dijera una verdad capital.

CAPÍTULO 2

Era 1 de enero de 2018. Era el cumpleaños de mi madre y, como era evidente, esta no tenía ganas de celebrar nada. Solo quería estar con su madre hasta que ese día llegara, además, se sentía culpable por no haber pasado la Navidad con ella porque estaba agripada.

Sin embargo, yo evitaba ver a la abuela desde esa Navidad. Le había dicho a mi madre que me avisara por el celular de si algo pasaba con la abuela. Pensaba que, si algo debía terminar, que terminase de una vez.

En una ocasión, deseé la muerte de la abuela para que esta no sufriera.

«¡Que se muera de una vez! ¡Pero ya! ¡Por un demonio!», pensé para mí. Luego hice una

introspección sobre que desear la muerte de la abuela Dora era de ser desagradecido; pero, en esta ocasión, y con una cierta edad a cuestas, pensaba que mi deseo hacia esta era un acto de misericordia.